

Santa Matilde

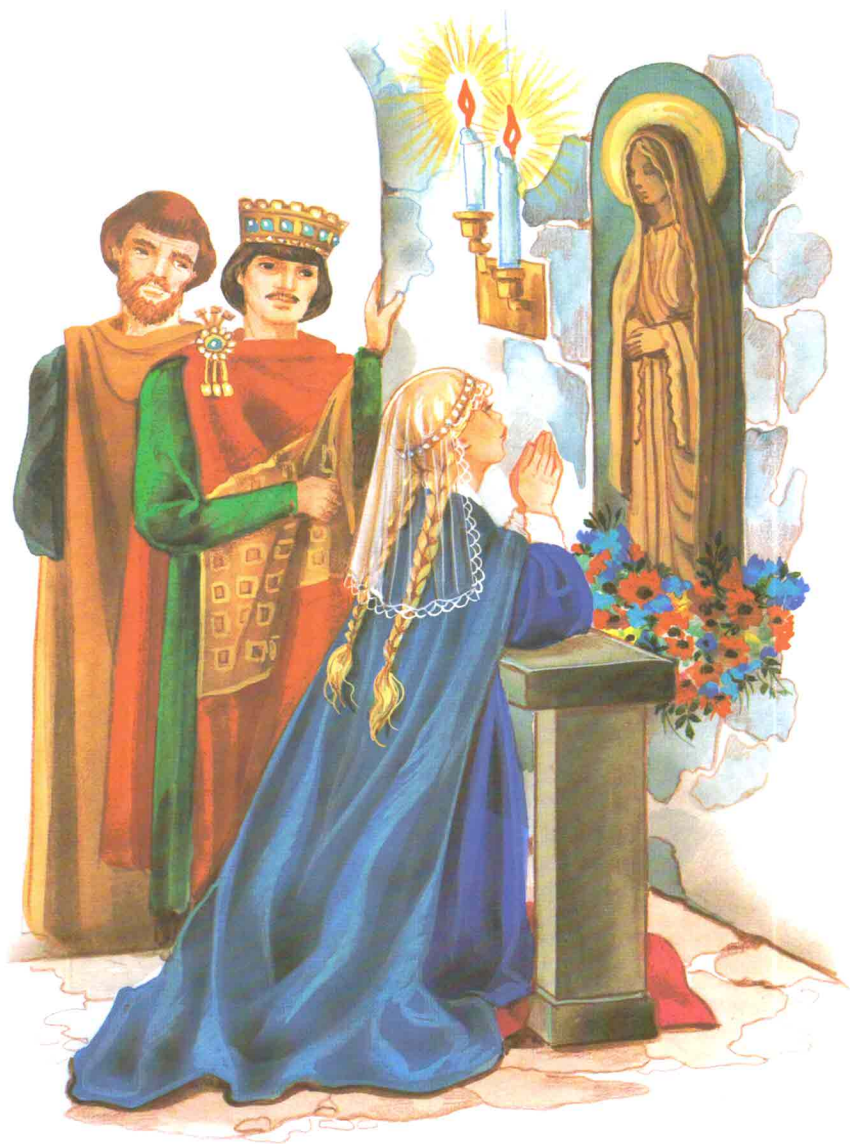
emperatriz



SANTA MATILDE EMPERATRIZ

Rafael M.^a López-Melús, carmelita

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla**



El idilio de un encuentro

Santa Matilde Emperatriz ha sido bastante afortunada en cuanto a biógrafos se refiere ya que conocemos muchos detalles y todos muy bellos de su vida a diferencia de tantas otras ilustres mujeres y hombres de esta época que a veces son casi todo leyendas más o menos verdaderas las que de sus vidas han llegado hasta nosotros.

El imperio Carolingio, antes tan famoso, se había esfumado como por encanto y todo él había sido reducido a pequeños ducados o principados que cada uno de ellos caminaba a su aire...

Los condes Thierry de Olemburgo y su bella y cristiana esposa Reinhilda vivían cristianamente y haciendo cuanto bien podían a todos los necesitados. El Señor les regaló un encanto de hija, parece ser que el 14 de marzo del año 872. Parecía un ángel de dulzura y un encanto de belleza como no era fácil encontrar otra semejante muchos kilómetros a la redonda. Ella se llamaba Matilde y la Divina Providencia le había deparado para el futuro un puesto muy importante para bien del pueblo germano.

Su abuela paterna había abrazado la vida religiosa y era la abadesa de un célebre Monasterio. Con permiso de sus padres se llevó consigo a la pequeña Matilde para formarla lo mejor posible en las letras, en las artes, y, sobre todo, en el santo temor de Dios y en el amor a las virtudes cristianas.

Cierto día un caballero de la corte del príncipe Enrique, duque de Sajonia, la vio rezar en el coro y quedó prendado de su belleza. Así se lo comunicó a Enrique quien al verla igualmente quedó admirado de tanta beldad. Vistió de gala... y, acompañado de su corte, visitó a la Madre Abadesa, pidiéndole la mano de aquella joven que resultó ser su nieta...

Solicita la mano de aquella joven. La abadesa duda. No es su hija. Habrá que pedir permiso a sus padres... Por fin todo se arregla...



Matilde Emperatriz

La belleza es un don de Dios. Dios es el sumamente bello. Lo es por esencia y por naturaleza. La belleza lleva a Dios aunque haya muchos y muchas que la usan mal y por lo tanto les sirve para su daño.

El príncipe Enrique preguntó mucho a la Madre Abadesa sobre aquella criatura encantadora: Supo, pues, cuanto le interesaba: Su origen, sus pretensiones, el por qué estaba en aquel monasterio y qué es lo que allí hacía...

Su abuela, la Abadesa Matilde, conocedora de las buenas intenciones del príncipe, y con el consentimiento paterno, se la entregó como esposa. Esta aceptó gustosa pues veía en ello la voluntad de Dios manifestada por las circunstancias que sin ellas buscarlas les habían salido al paso.

Una vez desposada en aquella misma abadía, parte la joven Matilde en compañía de su esposo Enrique y de toda su comitiva camino de Wallausen, cerca de los confines de Turingia y del Condado de Mansfeld...

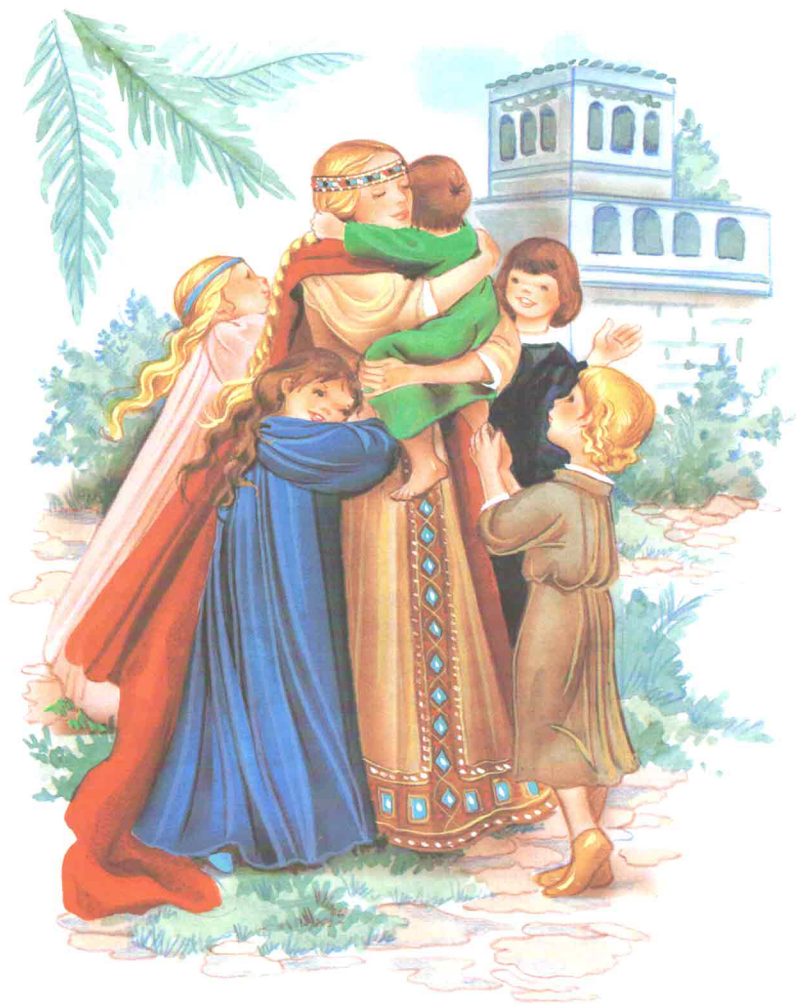
El duque Otón, padre de Enrique, gozó al ver a su hijo desposado con una princesa que le encantó desde el primer momento pues pudo apreciar las muchas virtudes que la adornaban además de la enorme belleza de su cuerpo. Vio que su alma era todavía mucho más hermosa.

La joven princesa pasaba largas horas al día entregada a la oración de los salmos como había aprendido en la abadía. También ella tomó como encargo propio enseñar las letras y los trabajos, que los sabía hacer con gran primor, a todas las damas y criadas del condado.

Todos acudían a ella con ganas de pasar un rato a su lado pues se sentían mejores.

Pronto murió el duque Otón y dejó las riendas de su Condado en manos de su hijo Enrique quien al tener a su lado a aquel ángel de criatura trató de ser muy generoso con los pobres y de hacer justicia a cuantos acudían a él.

La Sra. Condesa se había ganado los corazones de todos sus súbditos...



Bendiciones de Dios

El año 918 moría el Emperador Conrado de Alemania y el pueblo y los señores feudales exclamaron a una:

—“Sea nuestro emperador Enrique”.

Y Enrique fue el primer emperador de Alemania que llevó aquel nombre.

Ante tanto honor otros podían haberse alejado de hacer el bien o de pasarlo a segundo lugar. Para la emperatriz Matilde fue todo al revés: Ella se preocuparía también de los asuntos de estado y ayudaría a su esposo en cuantos asuntos viera que su presencia era necesaria, pero por otra parte dedicaría la mayor atención a lo que suponía —y con razón— que era lo más urgente para que el imperio funcionara bien:

—“El trato con el Señor cada vez más asiduo y entregado. Pasaba —dicen los biógrafos de la Santa— muchas horas ante el Tabernáculo adorando a Jesús Eucaristía y a El llevaba todos los asuntos que se ofrecían en el imperio cono- cedora de que nadie como Jesucristo los podría solucionar...

Pasaba también muchas horas entregada a las obras de caridad y ella personalmente se entregaba al cuidado de los pobres a los que quería más que así misma... Ya emperazon los pobres a apellidarla con el nombre de “la Reina Santa”.

Todo funcionaba bien allí, en el imperio germano. El Señor les bendijo con tres hijos que fueron:

Otón, más tarde emperador y que mereció el título de Grande. Enrique, duque de Baviera, y por quien su madre sentía un afecto todo especial como su benjamín. Bruno, que llegaría a ser sacerdote y sería canónigo de Colonia y a quien la Iglesia lo inscribiría en el Catálogo de los Santos...

Además tuvieron dos hijas:

Gerberta, que fue reina de Francia y Eduvigis, la madre de los reyes Capetos.

Ella protegió mucho a la Iglesia y levantó muchos Monasterios e Iglesias por todo el imperio...



Unidos en el dolor

Eran muchas las oraciones que cada día se elevaban al cielo por tantos monjes, sacerdotes y cristianos agradecidos por la bondad de aquellos ejemplares emperadores...

El cielo les bendecía copiosamente... Todo caminaba bien cuando un día la alegría empezó a cambiarse en pena y tristeza. El joven monarca estaba enfermo y los galenos consultados de todo el imperio no sabían cómo atajar aquel mal.

Todos hacían cuanto podían por consolar al augusto enfermo y por encontrar remedio a sus dolencias para que la muerte, que parecía algo inminente porque iba perdiendo cada día, no se cebase sobre él, pero... todo parecía inútil, hasta que llegó la hora de la partida. Antes habría de darnos maravilloso ejemplo aquella santa mujer que era la Emperatriz y que amaba a su esposo como correspondía a una santa esposa.

Matilde no se separaba ni un momento del lecho de su esposo. Le atendía hasta en los más mínimos detalles con enorme dulzura y dedicación. Ella contenía las lágrimas ante él para no aumentar su dolor y sólo sabía dirigirle palabras de consuelo y de esperanza cristianas:

—“Queridísimo esposo, tu sabes bien lo unidos que hemos estado siempre los dos. No podemos vivir separados, por ello el Señor hará que tu no te apartes de mi lado. Para ello es necesario que tu pongas algo de tu parte para que puedas salir de este dolor... ¿Qué sería de Alemania sin tí? Por favor, Enrique de mi alma, come esto, haz esto otro, recemos los dos juntos al Señor y su Madre bendita para que te devuelvan la salud que un día gozaste...”

—“Mira esposa querida, contestaba el rey, todo es vanidad. Sólo sirve amar a Dios y gozar de El. Yo veo que voy a partir de este mundo. El Señor te ayudará. No te abandonará a ti, al imperio y a nuestros hijos. Nunca te podré pagar, querida Matilde, lo mucho que me has ayudado. En el cielo pediré por tí...”



Cual otra madre de los Macabeos

El emperador sabía muy bien, a pesar de las palabras de esperanza cristiana y de deseos de curación que le dirigía la reina que aquello se acababa. Algunas veces, cuando la reina no podía contener más las lágrimas y se retiraba unos momentos para llorar a solas... el rey aprovechaba la ocasión para hablar a su hijos y a sus súbditos de las maravillas de la reina. Elogiaba su sabiduría, su belleza, pero sobre todo sus muchas virtudes y decía que no había una mujer en toda la tierra como ella... ya que él mismo había sido testigo de tantas virtudes que no las podía ennumerar... que gracias a ella se sostenía y gozaba de tanta paz en el imperio..."

Estaba a los pies del Crucifijo, llorando por la pena pero a la vez con gran esperanza, cuando le llegó la triste noticia de que su esposo acababa de expirar. Era el 2 de julio de año 936...

Durante muchos días había contenido el llanto Matilde... Ahora, libre ya de aquellas ataduras de hacerle sufrir más a su esposo, rompió a llorar tan fuertemente que era un pena para todos los cortesanos y para sus propios hijos el oír los lamentos. Nadie la podía consolar. Era demasiado el amor que sentía por su esposo y el vacío que ahora dejaba en su corazón y en todas sus cosas...

Pasó varias horas en este estado como fuera de sí por el dolor. Parecía que estaba muerta ella también. Cuando se repuso se hizo la valiente. Tomó a sus tres hijos y a sus dos hijas y las llevó a los pies del cadáver de su padre y les dijo:

—"Aquí tenéis a vuestro padre a quien acabáis de perder en la tierra, pero sabed que él velará sobre cada uno de vosotros desde el cielo." Y dirigiéndose a Otón le dijo:

—"Hijo mío, si subes al tono de tu padre, acuérdate de que un día bajarás a su tumba"...

Preguntó si había algún sacerdote que aquel día no había celebrado aún la Santa Misa y le rogó que le aplicara por el eterno descanso del alma del Emperador...



La madre viuda

Se celebraron muy solemnes funerales por el Emperador. La reina quiso que se rezara durante muchos días y que se ofrecieran muchas oraciones y Misas por el eterno descanso de su alma...

Se trasladaron sus restos mortales con mucha pompa al Mausoleo para él preparado y una vez pasado el dolor había que pensar en el sucesor para el trono del imperio. Los ojos se fijaron en el mayor de todos, Otón, pero la madre y muchos otros parece que sentían preferencia por Enrique que era el que había nacido cuando ya eran Emperadores sus padres... Empezó un tirantez y rivalidades bastante serias entre dos grupos antagónicos según se inclinasen por uno u otro hermano. Por fin las buenas maneras y valisosa actuación de la reina Matilde hicieron que viniera la calma, sobre todo, cuando Otón, ya nombrado Emperador el año 945, entregó el ducado de Baviera a su hermano Enrique.

Bruno tuvo mayor suerte, como veremos más adelante, ya que el Señor dirigió sus pasos por el camino del sacerdocio; renunció a todas las vanidades y grandezas del mundo y se entregó de lleno a Dios llevando una vida muy santa, se ordenó sacerdote y gobernó la diócesis de Colonia desde 953 hasta 965 con gran sabiduría, bondad y prudencia como Arzobispo.

Una vez ya obtenido su objetivo, que era colocar bien y en paz a todos sus hijos, la madre viuda ya no tenía otras ocupaciones que preocuparse de vivir su vida de entrega a Dios y a los pobres que era lo que hacía mientras era Emperatriz de toda Alemania.

Los días los pasaba por las calles de Colonia repartiendo dones a los pobres y ayudándoles en sus enfermedades. La llamaban la “Madre de los pobres”... Las noches las pasaba entregada a la oración ante al Santísimo Sacramento hacia el que sentía una devoción especial... Tenía la costumbre de rezar todo el salterio completo cada día.



Los hijos se vuelven contra ella

Matilde gozaba en su nuevo oficio, que era el que ella siempre añoró. Ahora ya no tiene responsabilidad alguna en la marcha del imperio. Su oficio ahora es este:

—Atender a todos los pobres que puede. Ha dado órdenes que nadie marche de palacio sin ser dignamente atendido. El santo rey Enrique le ha dejado una buena suma de dinero para que ella lo distribuya según crea entre todos los pobres... Y así lo hace. Pasa horas atendiendo, les oye sus quejas, los defiende, los cura, los viste, les da a veces hasta de comer... Es como la madre de todos, que siempre está dispuesta para que acudan a ella...

Pero aquella vida pronto acabaría, con enorme pena por su parte y aún más por parte de los pobrecitos a los que ahora nadie los atenderá...

Y la prueba iba a venirle de parte de quien menos ella podía esperar: De sus mismos hijos. Esto era inaudito, pero es algo común en la vida de los santos que todos han sufrido en sus carnes la prueba y la calumnia. Y santa Matilde no podía ser una excepción.

—Acudieron algunos envidiosos al emperador Otón y acusaron a la santa madre Matilde de que despilfarraba los dineros del imperio y las sumas que Otón había dejado en herencia a sus hijos habían desaparecido por haberlas entregado la reina Matilde a los pobres...

Otón creyó las calumnias y mandó llamar a su madre para que le diera cuenta de su administración y para que diera cuenta de las rentas dejadas por su padre... La reina calló. Sabía que todo eran envidias y calumnias, pero no quiso defenderse. Otón le privó de todas sus rentas y la prohibió que diera nada de ahora en adelante. Más aún, para quitarle el peligro, la alejó de la corte desterrándola muy lejos de la ciudad donde hasta ahora había residido. Y hasta su hijo predilecto Enrique, ayudó a su hermano y aprobó esta conducta contra su santa madre.... Ella recibió con humildad y bondad estas calumnias y estos castigos que le imponían sus propios hijos a los que había querido y quería más que así misma...



Su vida en el destierro

La santa madre recibió con paz y gran humildad todas aquellas calumnias que le decían... y que sus hijos se creían... Pero como buena madre siempre trató de defender a sus hijos y nunca pudo creerse que era verdad cuanto de ellos le decían.

En cierta ocasión alguien quiso hablar mal de sus hijos en su presencia y la madre Matilde le atajó con severidad diciendo:

—“Para mi es un gran motivo de alegría el ver que mis dos hijos Otón y Enrique, que antes estaban en desacuerdo, ahora viven muy unidos entre sí, se llevan muy bien y gobiernan bien sus estados. Ojalá pueda siempre verlos así unidos, aunque a mí me persigan, con tal que ellos no ofendan a Dios y trabajen por el bien de sus súbditos. Si consigo esto doy por muy bien empleado cuanto a mi me toque de padecer”...

La reina madre fue desterrada e Engern (Westfalia), y desde allí continuó entregada a los pobres y necesitados. Lo único que ahora no podía darles limosnas, pero en cambio les daba cariño y les ayudaba en todas sus necesidades. Todos admiraban la bondad, caridad y buen temple de aquella mujer que sabían era la reina madre...

Por otra parte muchos vieron como castigo de Dios lo que pronto ocurrió a los dos hermanos:

A Enrique le vino una rara enfermedad que nadie podía comprender y su reino fue lleno de intrigas y desgracias. A Otón todo le iba cada día de mal en peor porque se multiplicaban las luchas internas y sus reinos fueron castigados con muchas plagas y calamidades...

Mientras, la santa madre seguía en su apostolado de la oración y caridad: Para ella no había horas suficientes en el día para vivir la entrega a los pobres... Y también le faltaban horas durante la noche, porque las pasaba casi todas entregada a la oración... El Señor nunca abandona a los que le sirven...



Los hijos reconocen su error

Casi parecía imposible que aquellos hijos, que solamente habían recibido pruebas de amor y de cariño de parte de su santa madre, se volvieran contra ella hasta aquellos extremos...

Pero al ver el comportamiento de su madre, y que las cosas a ellos les iban bastante mal, pensaron que todo aquello había sido un castigo del cielo porque habían obrado mal. Se arrepintieron y empezaron a dar pasos atrás.

Fueron grupos de ciudadanos los que acudieron a la emperatriz Edith, la esposa de Otón el Grande, para que ella intercediera ante su esposo el emperador y que reconociera su falta e hiciera volver del exilio a la santa madre Matilde.

Otón hizo caso a estas súplicas y lo primero de todo fue escribir una carta a su madre llena de respeto y de cariño. En ella le decía:

—“Madre y Señora mía, reconozco que falté por haberme dejado influir de los envidiosos que me hablaron mal de vos. Ahora me doy cuenta, quizá ya demasiado tarde, que nunca debí haber dado oídos a sus palabras. ¡Pienso cuánto os habré hecho sufrir durante estos años! Os pido perdón con toda sinceridad y os ruego, madre y señora, que os dignéis volver a vuestra patria donde seréis tratada como corresponde a vuestro rango”.

A la vez Otón envió una comisión de lo más selecto del Imperio para rogarle a la Reina Madre que volviera a su palacio... Y ella, como corresponde a todo buen cristiano, y más aún, como correspondía a una madre que siempre amó y perdonó a sus hijos, volvió gozosa al lado de su hijo y nunca le reprochó lo mal que lo había hecho con ella.

Otro tanto hizo su hijo Enrique que se arrepintió de su mal comportamiento y la madre le perdonó con generosidad.

La vuelta fue apoteósica como se puede suponer: Cantos, fiestas y flores abundaron por doquier para obsequiarla.



Fundadora de un gran Monasterio

Al volver del destierro se entregó de nuevo a su oficio anterior, que no era gobernar o aconsejar en el gobierno del Imperio, como lo había hecho, y por cierto con gran acierto durante los años que su esposo fue emperador, sino de otra forma: Su oficio era ayudar a los pobres, ya que su hijo Otón de nuevo le devolvió su herencia y cuanto tenía antes del exilio...

Se la veía por la calles de Colonia repartiendo ropas, alimentos, y, sobre todo, gran cariño y amor hacia todos los pobres y pordioseros que por desgracia no faltaban...

Durante el invierno, que suele ser por allá muy crudo, mandaba encender grandes braseros en las plazas públicas para que los pobres vagabundos encontraran calor.

Durante cinco años abandonó la patria Otón el Grande y se trasladó a Roma donde pasó algún tiempo con el Papa Juan XII del que recibió la corona imperial. Pero sobre todo, estos años los dedicó Otón a expediciones militares para afianzar más y más su imperio... Durante estos años aún redoblaba más y más sus oraciones Matilde para que nada malo ocurriera a su hijo el emperador...

Ayudada de su nieto Otón, en la ciudad de Nordhausen, cerca de Turinga, levantó un gran monasterio a sus expensas, en el que llegaron a albergarse varios centenares de vírgenes, todas con grandes deseos de servir al Señor...

Ella misma dictó las Reglas y Normas por las que debía gobernarse aquel Monasterio que tanta gloria dio a la Iglesia por las muchas oraciones y virtudes que allí se ejercieron...

La misma reina Matilde quiso ingresar y formar parte de esta forma de vivir consagrada a Dios en cuerpo y alma, y así lo hizo, siendo la admiración de cuantas la contemplaban por su sencillez y humildad que supo adaptarse a la vida común como la más tierna novicia.



Un nieto extraordinario

Entregada a la oración y a la penitencia sin abandonar las obras de caridad que era su vida ordinaria, aquella alma se iba consumiendo poco a poco y veía que su hora de partir de este mundo ya se acercaba.

Pero antes de morir tuvo la dicha de vivir unos días maravillosos con uno de sus nietos, al que el Señor había hecho que fuera como el sucesor de su hijo Bruno, al abrazar, igual que aquel, el estado de la vocación sacerdotal, abandonando los placeres y honores del mundo...

Al enterarse este nieto Guillermo, que así se llamaba, que su señora abuela estaba bantante grave, fue a ponerse a su lado y a ofrecerse para cuanto necesitare de él...

En cuento lo vio a su lado saltó de alegría y le dijo:

—“Querido nieto, ninguna gracia podía haberme hecho el Señor más grande que esta de traerte a mi lado en estos supremos momentos de mi vida. Sé que voy a morir, pero quería ver antes la continuación de mi querido hijo Bruno en tu sacerdocio. Por ello, ahora ejercita tu gran ministerio oyendo mi confesión, para que me puedas absolver de todos mis pecados en virtud del poder que has recibido de Cristo y de San Pedro. Luego irás a celebrar Misas para la remisión de mis culpas, y por el eterno descanso de mi señor esposo y emperador Enrique, y por todos los fieles difuntos en Cristo...”

Con permiso de la M. Abadesa le hizo entrega de los “Palios”, que ella guardaba como la más privada reliquia de su esposo, para que lo emplease para embellecer el culto de su Iglesia... Y con lágrimas en los ojos se despidieron aquellas dos almas de Dios...

Yendo de camino murió de repente Guillermo, y por más que trataron de que no se enterara la abuela Matilde, exclamó:

—“¿Por qué me ocultáis la triste nueva? Ya se que el arzobispo Guillermo, mi nieto, ha muerto. Que toquen las campanas y que den limosna a los pobres para que rueguen por su alma...”

“Así debe morir una cristiana”

Matilde ya estaba madura para la partida a la Casa del Padre.

Poco a poco el Señor le fue modelando su espíritu con el martillo y el cincel del dolor y de la prueba. Lo tuvo todo: Lo bueno para el mundo y lo bueno para Dios. En otras palabras: el placer y la abundancia en bienes materiales y el sufrimiento y el desprecio hasta de los seres más queridos...

Como último golpe que destruyó su gran corazón fue la muerte inesperada de su querido nieto el Arzobispo Guillermo.

A este duro contratiempo parece que aún sobrevivió doce días. Y el día 14 de marzo del año 968 era el señalado por el Señor para su partida hacia la eternidad.

Matilde llamó al sacerdote —siempre amó y veneró grandemente a los sacerdotes— para que la oyera en confesión y le diera el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Asimismo llamó a sus religiosas y más queridos pobrecitos... Todos rodearon su lecho de muerte y a todos dirigió palabras de consuelo.

Recomendó a sus hijos que atendieran siempre a los pobres y que nunca les faltara lo necesario para vivir y fuego para calentarse.

A su nieta que se llamaba como ella y que era ahora la abadesa del Monasterio, le entregó un libro de *Necrologio* donde estaban escritos los nombres de todos los difuntos de la familia y le rogó que diariamente hiciera oraciones por ellos y en especial por el rey Enrique su esposo y por ella misma...

Después, a eso de las tres de la tarde mandó que la pusieran sobre la tierra, que la cubrieran con ceniza y un cilicio a la vez que dijo:

—“Así debe morir una cristiana” y haciendo la señal de la cruz, expiró santa como había vivido.

ISBN: 84-7770-087-7



9 788477 700876